Al mismo tiempo, un suceso llevó a la princesa al colmo de su desgracia, y fue el regreso de Askar, segundo hijo de Izcóatl, joven príncipe bien parecido y muy valiente, pero cuyo carácter feroz y altanero opacaba sus otras cualidades. Su desconsiderado comportamiento le había atraído más de una vez los reproches y las amenazas de su padre, por lo cual había abandonado la corte y se había retirado a Florida a la corte del rey Zermovob. Izcóatl, indignado por esta decisión, le prohibió que jamás regresara a su reino, y no revocó esta orden sino después de la coronación de Tobilos y a petición de éste. Era fácil darse cuenta de que la estadía de Askar en la corte del rey de Florida no había dulcificado su carácter. Reapareció ante Tobilos con el orgullo que siempre lo había acompañado. Pero al ver a Zaide, olvidó su ferocidad por un momento. Los ojos de esta bella reina, a pesar de la profunda tristeza que los cubría, triunfaron en un instante en aquel corazón intratable que, hasta entonces, era indiferente al amor y a la amistad.

Askar, poco acostumbrado a combatir sus pasiones, se dejó llevar por el capricho que lo invadía y resolvió satisfacerlo a cualquier precio. No previó

que sus deseos fueran rechazados. Su abolengo y su figura unidos a su natural presunción alimentaban una confianza absoluta en sí mismo, así que desde ese momento no trató más que de declarar su pasión a quien la había hecho brotar.

Ignoraba el príncipe que el sensible corazón de Zaide pertenecía a otro y que no podía proporcionarle más que amistad. Él ardía en deseos de conversar con ella a solas, pero surgían grandes dificultades: Zaide, casi siempre encerrada en sus habitaciones, no salía sino cuando el protocolo exigía que acompañara a la reina de México, asistiera a asambleas, o cuando su invencible amor la arrastraba a Tobilos. Askar, desesperado por los obstáculos que se le presentaban, optó al fin por participar al rey su hermano su pasión por Zaide y trató de comprometerlo a que intercediera en su favor ante ella. Tobilos recibió con satisfacción la confidencia que le hizo Askar de sus sentimientos por la reina de Tacuba y le prometió no solamente apoyarlo en todas las ocasiones, sino también comprometer a la reina de México para que todos unidos actuaran en favor de él.

Transportado de alegría Askar no dudó que realizaría su esperanza con la ayuda del rey y la reina de México, y que no tardaría en obtener la posesión de Zaide. Por su parte, Tobilos decidió cumplir su promesa; preveía de esta reunión sólo grandes ventajas para su hermano, pero temía, y con razón, que la reina de Tacuba fuera indiferente al amor del

príncipe. Conocía la extrema delicadeza de la princesa y los defectos de Askar. Así que, antes de hablar, determinó sondear los sentimientos de Zaide.

No le fue difícil obtener una entrevista con ella. Él era el único entre todos los hombres de quien la princesa no huía; pero también el único del que hubiera debido huir.

Aprovechó la ocasión en una plática secreta y le tomó la mano. El primer punto de la conversación fue la tristeza que reinaba continuamente en la expresión de Zaide.

—¿Será posible, señora —le dijo Tobilos— que la melancolía que te invade desde hace tiempo sea consecuencia del viaje que tu amistad, o quizá tu complacencia, emprendió? ¿Una corte que has venido a embellecer sólo te recompensa con hastío? Y mientras que tu presencia difunde la alegría en todas partes, ¿tendremos siempre la tristeza de ver tu indiferencia? Dígnate al menos hacer partícipe de tus secretos a un príncipe que te estima y que respetuosamente se comprometerá siempre a compartir tus penas y tus placeres.

Estas palabras causaron a Zaide un malestar que nunca antes había sentido. A cualquier espíritu desprevenido hubieran parecido muy naturales. Pero, a un corazón sometido a las leyes del amor y poco acostumbrado a sus favores, la mínima preocupación del objeto amado hacía nacer favorables conjeturas. La tierna Zaide creyó advertir en el lenguaje de

Tobilos algo más que amistad. Pero ese rayo de esperanza que llenó de alegría su corazón era incapaz de borrar todos los temores. Estas pasiones, combatiendo unas con otras, la dejaron largo tiempo sin poder responder. Tobilos, asombrado de los diversos cambios que notó en el rostro de Zaide, temió haber llevado muy lejos su curiosidad. Veía a la princesa enrojecer y palidecer sucesivamente, mirarlo con timidez, suspirar y, por fin, dejar escapar unas lágrimas que inútilmente se esforzaba en contener. Enternecido por la situación a la que veía reducida a Zaide, iba a cambiar la conversación, cuando Zaide rompió el silencio.

—No, señor —le dijo— no es la ausencia de mi patria ni la nostalgia las causas de esta tristeza ¿Qué otra corte podría proporcionarme tantos encantos como la corte de México? Si me ves insensible a todos los placeres que me ofrece, si me es imposible compartirlos, juzga si la corte de Tacuba, o quizá la soledad, serían capaces de disipar la melancolía que me agobia. No, no. Mi melancolía es de tal naturaleza que no terminará sino cuando muera. No preguntes la causa, señor —agregó—, debo callarla, pero ¡ay! ¿Cómo saber si has adivinado?

Terminando estas palabras, la princesa sintió aumentar su turbación. Tobilos, quien comenzaba a comprender este discurso inequívoco, queriendo evitar una total aclaración se determinó a hablar de la pasión de su hermano.

—Cualquiera que sea el motivo de tus pesares, señora —respondió a Zaide— sin pretender penetrarlos, quiero decirte que nadie los comparte con más sinceridad que yo; aun diría que nadie es tan sensible como yo, si no conociera la ternura que te profesa la reina de México; y si el amor que has hecho nacer en el corazón de un príncipe hasta ahora indiferente a esta pasión no lo pusiera en condición de disputar la viveza de sus sentimientos con los míos. Si, señora —continuó Tobilos—, el valiente Askar ha visto la fuerza de tus encantos triunfar sobre su orgullo. La audacia que siempre lo había acompañado, hoy lo abandona a tal punto que no osa confesar los sentimientos que le inspiras. Quizá yo mismo he atraído la desgracia que él quiso evitarte hablándote de una pasión que podrías no aprobar. Pero no pude negarme a hacer esta diligencia de amistad fraternal, que es muy de mi agrado. Tan feliz será Askar si apruebas su amor, como grande mi satisfacción al ver unida a mi familia con los lazos de sangre a una princesa que encanta a todos los corazones con sus amables cualidades.

Podemos imaginar fácilmente el dolor y la agitación que semejantes palabras provocaron en el corazón de Zaide. Ya no era un lenguaje equívoco; no había que engañarse. Al informarle y hablarle de la pasión de Askar, le daba testimonio de no tener ninguna pretensión a su corazón, y no sentir por ella más que estimación y amistad, lo que no puede ser

una digna recompensa para el verdadero amor. Zaide no pudo retener por más tiempo su desilusión.

—No siempre somos dueños de nuestro corazón —respondió a Tobilos— y tal es a veces nuestro desgraciado destino, que se vuelven sensibles para aquellos que los rechazan e insensibles para aquellos que nos adoran. Siento que el príncipe Askar se haya entregado a una pasión que me es imposible aceptar; pero tengo más quejas que él. Que no tema que pague con odio su amor: Yo no sería capaz de tan cruel injusticia. ¡Ay!, no quiero estar abrumada por el odio y ser al mismo tiempo el objeto amado, ¿No es ya suficiente amar sin esperanzas?

No dijo más, y volviendo el rostro para esconder algunas lágrimas que no podía retener, se dirigió al cortejo. Tobilos la siguió sin decir nada, pero muy agitado. No es que no lo haya angustiado saberse amado de una princesa de tantos méritos y belleza como Zaide; pero la vanidad que tal descubrimiento hubiera provocado en él estaba muy lejos de su carácter. Enamorado de una esposa digna de toda su ternura, no podía sentir más que estima por Zaide, y desear verla triunfar de una pasión que la haría desgraciada toda su vida.

Nadie se enteró de la causa de la alteración que mostraba el rostro de la reina de Tacuba. Se habían acostumbrado a atribuirla a su mala salud. Y esto mismo supusieron. Sólo Askar prestaba atención a todas sus actitudes; dudaba del tema de la conversa-

ción que Tobilos había sostenido con ella, y nada bueno le auguraba el malestar de la princesa. Sin embargo, la abordó, y Zaide al recibirlo con infinita dulzura, lo enardeció y lo hizo creer que era la ocasión favorable para declararle su amor. Pero apenas había comenzado a hablar, cuando ella lo interrumpió.

—Sé a dónde quieres llegar, príncipe —le dijo. El rey de México acaba de darme a conocer tus sentimientos y mi natural sinceridad me dice que debe hablarte claramente sobre mis sentimientos sin ocultarte nada. Tu sabes, príncipe, que nuestros corazones no nos consultan cuando se conmueven, y que si los controláramos, nos decidiríamos en favor de aquellos que el amor nos ha sometido. Pero no tenemos el poder de apresurar o retardar el momento de nuestra sensibilidad. Destinados a veces a amar a los ingratos, nos encontramos en el caso de no poder corresponder a los tiernos sentimientos que inspiramos. Pero esta ingratitud no es voluntaria; es efecto de un poder que nos domina imperiosamente y que nos castiga por las injusticias que cometemos. Así, príncipe, créeme que si yo no correspondo a tu amor, no es por falta de voluntad de estima. Es únicamente porque me es imposible. Lejos de revestirme de un orgullo sabré yo conservar el aprecio que te tengo. Sin embargo, debo incitarte a expulsar de tu corazón una pasión a la que no puedo corresponder.

—Oh, señora —gritó el impaciente Askar—. Tu dulzura sutil es abrumadora y me desespera más vivamente que lo que pudieran valer todos tus vigores, ¡y bien!, termina de traspasar mi corazón diciéndome el nombre del feliz rival al que me prefieres.

—Eso sería llevar muy lejos la condescendencia, príncipe —le respondió Zaide—. No te he manifestado hasta ahora que esté enamorada de alguno y tú no debes considerar como algo imposible que me resista a los lazos del amor. Conténtate con lo que yo te he dicho; he sido sincera y no tengo más interés que tranquilizarte.

No, señora, no —respondió vivamente Askar—, no creeré jamás que habiendo nacido con todas las cualidades necesarias para dar amor, puedas ignorar sus efectos. Hay algún amante feliz que, seguro de tu corazón, disfruta de la dulce esperanza de ver un día realizados sus deseos, en tanto que yo debo pasar la vida en la desesperación. Pero, señora, yo no tendré suficiente paciencia para ser testigo de la felicidad de ese rival sin tratar de impedirla.

Deberías saber, príncipe —respondió la reina de Tacuba— que el amor es el fruto de la sumisión y no de las amenazas.

Con estas palabras, ella se alejó para reunirse con los demás.

Askar, furioso y confuso al ver así despreciado su amor, sintió renacer en ese momento toda la feroci-

dad de su carácter. No dudaba que tenía un rival, pero no sabía sobre quién hacer recaer sus sospechas. ¿Sería Tobilos? Pero él acababa de casarse con Jaivén y era libre para unirse a Zaide si la hubiera amado. ¿Sería alguien de la corte de México? ¿Sería posible que la reina de Tacuba quisiera entregar su corazón a alguien de un nacimiento inferior al suyo? ¿Se trataría de algún príncipe vecino? Si fuera eso ¿Qué razón retendría a Zaide en la corte de Tobilos? ¿No disfrutaría mayor libertad en Tacuba? No pudiendo entonces aclarar sus dudas decidió examinar cuidadosamente todo lo que hiciera Zaide, resuelto que, si encontraba un rival, se le interpondría de inmediato y aun lo castigaría por la preferencia que la princesa le otorgaba.

Esta resolución, en el corazón de un príncipe como Askar, no podía presagiar más que crueles consecuencias. Sobre todo si un día se enteraba de que Tobilos era la causa de la frialdad que Zaide le demostraba. Pero, al parecer, la princesa presintió las desgracias que se preparaban. Nunca se le había visto tan agitada como a partir de ese momento. Regresó al castillo, donde disfrutó de las delicias de una magnífica comida, pero ni la compañía de los asistentes le proporcionaban la alegría y el dulce descanso que esperaba. Cada uno de los ilustres convidados, entristecido por algún sentimiento particular, hubiera de buena gana guardado silencio. Zaide, más desconsolada que ellos, no veía ni en el pasado ni en

el presente ni en el futuro más que una serie de desgracias en su vida, que envenenaban su corazón. Askar, arrastrado más por sus celos que por su amor, sólo pensaba en la venganza, y Tobilos, lamentando el destino de Zaide, sentía todavía más el dolor de causar la desgracia de su hermano. Jaiven era la única que parecía abandonarse a la alegría que su feliz situación le inspiraba; pero dueña de un corazón infinitamente sensible, no podía ver la tristeza de tantas personas que le eran queridas sin compartirlas.

Cuando se separaron, una noche aun más triste se preparaba para Zaide, y la hizo considerar todo el horror de su destino. El sueño, que endulza y suspende las penas más dolorosas, había huido desde hacía tiempo y el silencio de la noche, al quitarle cualquier otro objeto de distracción, no sirvió más que para hacerle reflexionar más seriamente sobre sus desgracias. Su pasión por Tobilos ya sin esperanza, era más que suficiente para romper el reposo de su vida. Pero la que reconocía haber inspirado al príncipe Askar vino a colmar su infortunio.

— ¿Por qué fatalidad, grandes dioses —se quejó— escogieron esta casa como instrumento de mi desgracia? Tekels, golpeado por Tobilos, no recibió, más que el justo castigo a sus crímenes y mereció su desgracia. Pero, ¿yo de qué soy culpable para verme tratada con tanto rigor? ¿Por qué el amor sofoca tan vivamente en mí la voz de la naturaleza? ¿Por qué un príncipe, enteramente cubierto con la sangre de mi

hermano, ha enternecido mi corazón? Oh, dioses —prosiguió—, ése es un crimen que me han hecho cometer y ahora me castigan.

Pero todas estas reflexiones cedían ante el temor de los resultados que podía tener la pasión de Askar. Zaide, ampliamente informada del carácter de este príncipe, temblaba al pensar hasta dónde podían llevarlo sus celos si descubriera un día el origen de su frialdad. Le parecía ya que él atentaría alguna vez contra la vida de su hermano.

—Dioses —gritó— ¡Oh, dioses!, alejen los temores que preveo; insensibilicen el corazón de Askar porque no soy capaz de vencer lo que siento por Tobilos. ¡Qué no era suficiente con estar aplastada por el desprecio de uno, y ser perseguida por la pasión de otro!

Por su lado, Askar tampoco estaba tranquilo. Insomne profería sus quejas. Demasiado furioso para abandonarse a ellas, pero al mismo tiempo demasiado enamorado para renunciar tan rápidamente a Zaide, resolvió satisfacer sus celos y su venganza si no le era posible realizar su amor.

Al día siguiente relató a Tobilos la conversación que había tenido con Zaide.

—Creo que ella está enamorada y que ésa es la única causa de su rechazo. Pero lo que me hace más desgraciado, es que no puedo descubrir a mi dichoso rival.

Si es cierto —respondió el rey de México a Askar— que el corazón de la reina de Tacuba

pertenece a otro, yo no veo, príncipe, qué otra cosa puedes hacer sino curarte de la pasión que la princesa no parece favorecer, a pesar del celo con el que yo apoyé tus intereses. El conocimiento de tu rival no serviría más que para aumentar tus celos sin ayudar a tu amor.

Es también para satisfacer estos celos —respondió Askar— y para tomar venganza, que debo conocer al rival que ella prefirió. Mi pena sería mucho menos cruel si pudiera compartirla con el que la causa.

Es un débil consuelo, príncipe —le respondió Tobilos—, el querer dulcificar tus dolores causando otros. El amor es rara vez fruto de la violencia, y la caída de Tekels es una prueba de que la fortuna no siempre favorece esa clase de acciones.

Quizá —dijo Askar— podría combatir un enemigo más temible que el que triunfó sobre ese príncipe. Pero quienquiera que sea me es más fácil morir que vivir sin ejecutar mi venganza.

Puesto que estás absolutamente determinado a alimentar tu pasión —respondió el rey— trata, príncipe, antes que nada, de pensar en el futuro y el ánimo de la reina de Tacuba. Puede ser que tus atenciones, las de la reina de México y las mías venzan su indiferencia, si no ama a nadie, o su desconfianza si está enamorada de otro.

Askar pareció decidido a seguir este consejo, y los dos príncipes se separaron.

Tobilos deseaba ardientemente que la reina de Tacuba se conmoviera con la pasión de Askar. Consideraba este cambio como la base de una felicidad y de un provecho infinito para su hermano, y como el único medio de restablecer la tranquilidad de espíritu de la princesa. Pero, en verdad, lo deseaba mucho más de lo que lo esperaba. Este príncipe conocía por propia experiencia cuán difícil es sofocar la pasión.

Sentía que no podía olvidar a Jaiven y se atrevía a suponer que Zaide triunfaría más fácilmente por sí misma. Además, el conocimiento que tenía de ella le impedía invitar a Jaiven a hablarle en favor de Askar. Comprendía muy bien que si era para Zaide objeto de su odio, su pasión la haría verse como un obstáculo a sus deseos y, así, sería muy difícil que la amistad que ellas se habían jurado no estuviera matizada con celos. Tobilos determinó entonces suspender su confidencia y no comprometer a Jaiven en estos planes.

Regresemos a la afligida reina de Tacuba

Desgarrada continuamente por el amor y por los celos, privada de toda esperanza, se sentía agitada por el temor más cruel. Las amenazas de Askar se presentaban continuamente a su mente y la hacían temblar. Sabía, por el ejemplo de Tekels, hasta qué extremo puede arrastrar el amor a un carácter naturalmente violento que no sigue otra ley que la de sus deseos. Este temor la impulsaba a veces a regresar a

su reino para engañar los celos de Askar; pero el amor se oponía a este deseo. ¿Dejaría a un príncipe que adoraba y que no podía arrancar de su corazón, a pesar de la indiferencia con que él la trataba? ¿Debería alejarse de la corte de México sin ningún objeto, privándose de la libertad de regresar? Debía, por sus preferencias, exponer a Tobilos a todos los atentados que los celos y la desesperación forjaran contra él?

Estos pensamientos se agitaban tan vivamente que, sin prestar atención, tomó el sendero de un pequeño bosque sombrío en donde terminaba el jardín del castillo. La reina de México, siempre afligida por la tristeza de su rival, pero muy lejos de sospechar que ella era la causante, llegaba en ese momento a acompañarla, y ayudarla a distraerse. Cuando supo que Zaide se había internado en el pequeño bosque, Jaiven se puso inmediatamente en camino. A poco trecho la vio de lejos, sentada al borde de una fuente que la naturaleza había adornado muy agradablemente. Jaiven, queriendo divertirse sorprendiendo a Zaide, caminó con gran suavidad y llegó muy cerca de ella sin hacerse notar. Creyó haberla oído hablar y la curiosidad la obligó a detenerse. Después de un momento de silencio, oyó estas palabras:

—Te pareció, pues, muy poco, ingrato Tobilos —decía tristemente Zaide—, te pareció muy poco ser indiferente a mi pasión. Tú te esfuerzas por interesarme en la de otro. Prefieres sacrificar la amistad fraternal

de este corazón que te ofrecí por conducto del amor. Pretendes que yo consienta, pero lo esperas en vano. Ingrato, conténtate con gozar de tu felicidad y déjame suspirar en paz. Puede ser que los dioses sepan algún día vengarme de tu insensibilidad. Pero, ¿qué digo?, —reflexionó, después de un momento de silencio— ¿qué ciego error me obliga a condenar a Tobilos, cuando todo conspira para justificarlo? ¿Por qué traicionaría su fe en mi favor? ¿Por qué dejaría de amar a una princesa que ni yo misma puedo odiar? ¿Por qué la infidelidad podría tener más poder en él que los celos en mí? No, no. Contentémonos con ser la única culpable. Huyamos de un lugar donde no puedo vivir sin remordimientos. Busquemos en las soledades de Tacuba un remedio a mis males. Y si no me es posible vivir sin Tobilos, muramos; pero muramos, al menos sin ofender mi dignidad.

La reina de México, desde el comienzo de este discurso, se sintió invadida por tan gran sorpresa, que quedó demudada e inmóvil. Ya no le era difícil penetrar en el origen de las desgracias de Zaide. Pero después de este descubrimiento se quedó largo rato sin poder aclarar sus propios movimientos. La extrema dulzura de su carácter no le permitió abandonarse a los celos. Pero, ¡con qué mirada contemplaría a una princesa que trataba de arrebatarle el corazón de su esposo!

—Entonces, éste es el motivo —se dijo— que obligó a la reina de Tacuba a ausentarse de sus

estados. ¡Era para mejor traicionarme que se adornaba a pesar de la amistad! ¡Ah, esta conducta no tiene excusa!

Pero, reflexionando inmediatamente sobre el fracaso de la pasión de su rival y de los esfuerzos que hacía para vencerse, sintió que la amistad vencía a los celos, y que los celos cedían a la piedad. Por tanto, no quiso presentarse a Zaide en ese momento en que su presencia no haría más que afligirla enormemente. Abandonó el lugar fatal y se disponía a regresar al castillo, cuando Zaide, levantándose con el mismo propósito, se dio cuenta de que Jaiven estaba muy cerca de ella y que trataba de evitarla. No dudando que había escuchado sus palabras, y que a eso se debía su fuga, lanzó un grito angustioso, y cayó sin conocimiento. Jaiven, asustada y excitadísima, corrió a socorrerla; pero en vano trató con muchos cuidados de volverla en sí; en vano le bañó la cara con sus lágrimas y la abrazó suavemente. Zaide estaba tan increíblemente alterada que la creyó muerta. Al punto de desmayarse ella misma, y pudiendo apenas sostenerse, pidió socorro. Llegaron a socorrerlas; y siendo inútiles todos los esfuerzos para sacar a Zaide de su desmayo, transportaron a la princesa a su departamento, en donde tardó todavía una hora sin dar señales de vida. Finalmente recobró el conocimiento y paseando su vista sobre quienes la rodeaban, distinguió a la reina de México, quien con tono tembloroso y lágrimas en los ojos le pidió noticias de

estados. ¡Era para mejor traicionarme que se adornaba a pesar de la amistad! ¡Ah, esta conducta no tiene excusa!

Pero, reflexionando inmediatamente sobre el fracaso de la pasión de su rival y de los esfuerzos que hacía para vencerse, sintió que la amistad vencía a los celos, y que los celos cedían a la piedad. Por tanto, no quiso presentarse a Zaide en ese momento en que su presencia no haría más que afligirla enormemente. Abandonó el lugar fatal y se disponía a regresar al castillo, cuando Zaide, levantándose con el mismo propósito, se dio cuenta de que Jaiven estaba muy cerca de ella y que trataba de evitarla. No dudando que había escuchado sus palabras, y que a eso se debía su fuga, lanzó un grito angustioso, y cayó sin conocimiento. Jaiven, asustada y excitadísima, corrió a socorrerla; pero en vano trató con muchos cuidados de volverla en sí; en vano le bañó la cara con sus lágrimas y la abrazó suavemente. Zaide estaba tan increíblemente alterada que la creyó muerta. Al punto de desmayarse ella misma, y pudiendo apenas sostenerse, pidió socorro. Llegaron a socorrerlas; y siendo inútiles todos los esfuerzos para sacar a Zaide de su desmayo, transportaron a la princesa a su departamento, en donde tardó todavía una hora sin dar señales de vida. Finalmente recobró el conocimiento y paseando su vista sobre quienes la rodeaban, distinguió a la reina de México, quien con tono tembloroso y lágrimas en los ojos le pidió noticias de

enteróse del peligro que corría la princesa. Tobilos y Askar fueron los primeros en acudir; ella los vio entrar con una emoción extraordinaria, si bien las causas eran muy diferentes. En tanto que la presencia de Tobilos le resultaba agradable, la de Askar la afligía y contrariaba. Tobilos, vivamente conmovido por el triste estado en que veía a la princesa, le manifestó su dolor con las más expresivas palabras, y empleó todo su cuidado en socorrerla. La necesidad de dejarla descansar alejó a los dos príncipes. Tobilos se dirigió al apartamento de la reina de México.

La encontró tan cambiada que se inquietó muchísimo.

—¿Qué nueva desgracia debo esperar, señora? —le dijo— ¿De dónde proviene la alteración de tu rostro? Tú sufres y Tobilos no lo sabía.

—Esta incomodidad no tiene importancia, señor —respondió Jaiven.

Sabes cuál es la situación de la reina de Tacuba, y la amistad que nos une no me permite quedar indiferente. Yo misma debo —agregó tímidamente— conjurarte a que emplees todos tus cuidados para tratar de endulzar sus pesares, que son la única causa de su enfermedad.

Tobilos no pudo evitar enrojecer ante estas palabras y Jaiven, advirtiéndolo, continuó.

—Desde hace poco tiempo, señor y sólo como consecuencia del azar, me enteré de la pasión que hiciste nacer en el corazón de la reina de Tacuba.

Si al principio me asusté, pronto supe, por las palabras de la princesa, que ella era la única en quejarse y que tu corazón sigue ligado al mío. Mi alegría por ello es más grande, porque en el momento en que me seas infiel, mi vida terminará. Sí, señor, me sería imposible sobrevivir a tu cambio y sabría castigarme a mí misma por no haber tenido los suficientes encantos para conservarte. Pero siento que me es igualmente difícil renunciar a una amiga cuyas amables cualidades me la hacen infinitamente querida. Ella sabe que ya conozco sus sentimientos y la he visto esta mañana, sufrió un largo desmayo. Esto, sin duda, es la causa de su enfermedad, así que debo evitar su presencia. Pero tú, señor, que conoces la fuerza de su mal, tú, que puedes presentarte ante ella sin temor de importunarla, debes emplear todos tus esfuerzos para volverla a la vida y calmar su desesperación. Habla, suplica, promete. Mi corazón, seguro del tuyo, esperará confiadamente el éxito de tus cuidados, y mi ternura tomará en cuenta todo lo que hagas para consolar a una princesa digna de mejor suerte.

—¡Oh, amabilísima y virtuosísima esposa! —exclamó Tobilos, besándola arrobado y estrechándola entre sus brazos—. ¿Qué corazón sería suficientemente duro para resistirte! ¡Qué monstruo de infidelidad podría resolverse a traicionarte! No, no; mi amor no terminará más que con mi vida; yo lo conservaré, si es posible más allá de la muerte. En vano trataré de

calmar los dolores de la reina de Tacuba. ¿Con qué esperanza podría yo alentarle? Aunque la estime en gran medida, no puedo entregarle mi corazón. ¿Debería engañarla? No, no puedo más que compadecerla, y no debo buscar más que escaparme. Una palabra, un gesto, una mirada, una nada pueden bastar para encender aun más en su corazón una pasión que su virtud se esfuerza en refrenar. ¿No debo más bien secundar sus esfuerzos para triunfar de la fatal inclinación que la arrastra?

Inténtalo al menos, señor —respondió Jaiven—, visítala lo más que puedas. Tu presencia y tu perseverancia aliviarán su dolor y pueden ayudar a su restablecimiento.

Tobilos aprobó este último recurso: no había necesidad de violentarse para cuidar a la princesa Zaide, puesto que la amistad y la estimación que sentía por ella no podían ser superadas más que por la ternura de Jaiven.

Mientras tanto, la infortunada reina de Tacuba, desgarrada más por la agitación de su espíritu que por la violencia de su mal, sentía disminuir sus fuerzas en cada momento. Si algo podía consolarla en ese triste estado era vislumbrar que la muerte terminara rápidamente con sus males; no aspiraba a ningún otro remedio. No deseaba tomar el elixir que había curado a la reina de México.

—Fue útil para mi rival —se decía Zaide—, la volvió a la vida; pero su enfermedad no era efecto del

dolor o la desesperación; era, al contrario, un obstáculo a la felicidad que le estaba destinada. Pero yo, triste juguete del destino, víctima de un amor que no puedo ni realizar ni borrar, debo mirar la muerte como el fin de mis tormentos, y la vida como una fuente inagotable de desgracias.

La princesa se consumió en pocos días, al punto de que se llegó a temer por su vida. Toda la ciencia de los médicos fue inútil, hasta que un dios, más sabio y más fértil en milagros que todos los demás, alejó a Zaide de las puertas de la muerte. Y éste fue el amor. Él había ocasionado su enfermedad y quiso ser también el médico. Zaide, a pesar de la gravedad de su mal, no pudo dejar de notar la asiduidad de Tobilos quien, conforme al deseo de Jaiven y a su propio deseo, no escatimaba nada para sacarla del triste estado a que se encontraba reducida. Porque un corazón amoroso concibe fácilmente esperanzas. Zaide dio al comportamiento de Tobilos una explicación favorable a ella. Creyó que, al fin, él se interesaba en ella y que la triste situación a la que la veía reducida hacía nacer en él la piedad que, quizás, se convertiría en amor. Una circunstancia la ayudó todavía a asegurarla. La reina de México, queriendo evitarle, durante su enfermedad, el embarazo que su presencia podía causarle, había pretextado malestar para no visitarla. Conocedora de este malestar, que Zaide creía real, y viendo a Tobilos tan atento y tan asiduo no dudó más del cambio del príncipe.

El mismo error que seducía a la reina de Tacuba vino a apoderarse del espíritu de Askar. Este amante celoso y poco favorecido, veía con una impaciencia extrema los cuidados que Tobilos prodigaba a la princesa. Sus celos, atentos a todos los pasos del rey su hermano, le habían hecho notar más de una vez las distinciones que Zaide concedía al príncipe, lo que le produjo agudos sentimientos de furor. La necesidad, unida al deseo de saber todavía más, lo había llevado hasta entonces a disimular. Pero ya no abrigaba dudas de ser traicionado. Hubo un momento en que al alejarse y parecer atento a otra cosa, oyó que la reina de Tacuba decía a Tobilos:

—Debo confesarle, señor, que todo el arte de los médicos no habrían sido capaz de devolverme la vida y la salud, si tus cuidados no me hubieran hecho desear a la una y a la otra.

Estas palabras, demasiado claras para el celoso Askar, lo pusieron fuera de sí. Salió de inmediato para no dejar rastro visible de la ira que lo invadía y habiéndose retirado a sus apartamentos, se abandonó a todos los proyectos que la venganza y la rabia pueden inspirar.

—¡Cómo! ¿Seré el juguete de mi propio hermano, le confié mis secretos que usa para destruirme? ¿Qué sólo se encarga de mi pasión para volverla odiosa? No, después de tal ultraje, la naturaleza no tiene nada sagrado para mí. Nada podrá sustraer de mi venganza al pérfido que me traicionó. Y si el

El mismo error que seducía a la reina de Tacuba vino a apoderarse del espíritu de Askar. Este amante celoso y poco favorecido, veía con una impaciencia extrema los cuidados que Tobilos prodigaba a la princesa. Sus celos, atentos a todos los pasos del rey su hermano, le habían hecho notar más de una vez las distinciones que Zaide concedía al príncipe, lo que le produjo agudos sentimientos de furor. La necesidad, unida al deseo de saber todavía más, lo había llevado hasta entonces a disimular. Pero ya no abrigaba dudas de ser traicionado. Hubo un momento en que al alejarse y parecer atento a otra cosa, oyó que la reina de Tacuba decía a Tobilos:

—Debo confesarle, señor, que todo el arte de los médicos no habrían sido capaz de devolverme la vida y la salud, si tus cuidados no me hubieran hecho desear a la una y a la otra.

Estas palabras, demasiado claras para el celoso Askar, lo pusieron fuera de sí. Salió de inmediato para no dejar rastro visible de la ira que lo invadía y habiéndose retirado a sus apartamentos, se abandonó a todos los proyectos que la venganza y la rabia pueden inspirar.

—¡Cómo! ¿Seré el juguete de mi propio hermano, le confié mis secretos que usa para destruirme? ¿Qué sólo se encarga de mi pasión para volverla odiosa? No, después de tal ultraje, la naturaleza no tiene nada sagrado para mí. Nada podrá sustraer de mi venganza al pérfido que me traicionó. Y si el

trono en que está sentado ha de servir de obstáculo a mi furia me ensañaré para que caiga el trono.

Para Askar no era bastante con amenazar, así que resolvió llevar al cabo prontamente sus amenazas. Él conseguiría, al saciar su venganza, satisfacer su ambición y, siendo dueño del imperio de México, llegar a satisfacer su amor. En ese momento, él no planeaba más que valerse de todo para asegurarse el éxito y para formar un partido. Esto no era fácil en un imperio donde Tobilos era adorado. Pero aun los reyes más justos no están exentos de encontrar traidores entre sus súbditos.

Askar encontró muchos, incluso dentro de los principales oficiales del reino, a quienes se atrajo mediante promesas de sacar grandes beneficios de una revolución.

Pero eso era todavía poco para un proyecto como el de Askar. Era preciso provocar la guerra en México, y a ello se dedicó febrilmente. Siempre había mantenido una estrecha relación con el rey de Florida después de haber permanecido en su corte. Sabía que este príncipe veía con celos el poderío de Tobilos, y que los reyes vecinos de Izcóatl, obligados a aceptar una paz vergonzosa, sólo aspiraban a vengarse. Encontrando, pues, favorables todas las circunstancias comunicó su proyecto al rey de Florida, prometiéndole grandes ventajas de esta revolución, que no podría —aseguraba— fracasar si el príncipe entraba armado en el reino de México y

comprometía a los reyes vecinos a hacer lo mismo. Askar agregó que Tobilos, obligado a repartir sus fuerzas, no tardaría en darle el mando de una parte, y que por ese medio podría favorecer las alianzas en todos sentidos.

Esta proposición fue sumamente apreciada por Zermorob, y la comunicó secretamente a sus aliados y vecinos, que la aprobaron conjuntamente. Estos príncipes no dudaban que con la ayuda de las intrigas de Askar se les facilitaría destronar a Tobilos y debilitar después el poder de México, al no darle Askar más que una parte de ese vasto imperio. Pero, considerando también que el éxito de esa empresa dependía de su diligencia, y que corrían el riesgo de no triunfar si Tobilos sospechaba lo que se tramaba en su contra y llegaba a reunir todas sus fuerzas, resolvieron no perder tiempo. Nunca se formó una alianza con mayor rapidez y secreto.

Mientras esta tormenta se cernía sobre los estados de Tobilos, la corte de este príncipe disfrutaba de una gran tranquilidad. Zaide, restablecida casi totalmente de su enfermedad, continuaba en su error, y Askar, a la espera del éxito de sus ocultos proyectos, disimulaba sus celos y, por primera vez, supo ser dueño de sí mismo. Si algo afligía a la reina de Tacuba, era saber que su pasión por Tobilos era conocida por Jaiven: por ciego que sea el amor, no puede permanecer insensible a la bondad de un corazón nacido virtuoso.

—Cómo voy a presentarme ante la reina de México —se decía Zaide—. ¿Cómo encararé los reproches que no puede dejar de hacerme en secreto, si su dulzura natural no permite manifestarlos claramente? ¿Cómo sufriré a los que yo misma me dirijo? ¿Es, pues buscando robarle el corazón de su esposo como debo recompensar su amistad?

Estas reflexiones nacían de los remordimientos del corazón de Zaide, y la sumergían poco a poco en su antigua melancolía. Reflexionando en seguida sobre el comportamiento de Tobilos hacia ella durante su enfermedad, y el que había manifestado desde su restablecimiento:

—Puedo enorgullecerme bastante —añadía la princesa— de haber alcanzado la estima y la amistad del rey de México; pero, ¿quién me asegura que he conquistado su corazón? Las atenciones del príncipe, ¿no podían haberse producido por el solo deseo de verme vencer una enfermedad cuya causa conozco muy bien? ¡Insensata! He confundido el amor con lo que no es más que piedad.

Estos diferentes pensamientos la ocupaban por entero, cuando llegaron a anunciar a la reina de México. Su sorpresa fue enorme. No había visto a la princesa desde el primer día de su enfermedad, y estaba menos que nunca en condiciones de recibirla. Sin embargo no era posible excusarse y tomó partido sobre el terreno. Pero no pudo ver entrar a esta amable rival sin cambiar su expresión y resentir un

malestar extraordinario. Jaiven, por su lado, no se sentía muy segura.

—Vengo, señora —dijo abrazando a Zaide—, a felicitarte por tu feliz restablecimiento; no había cumplido por mis propias molestias.

Es un deber al que yo estaba primeramente obligada, señora —le respondió la reina de Tacuba—, pero el motivo que conoces —agregó enrojeciendo— no me había permitido verte. Muy lejos de buscar tu presencia tampoco la he rehuido, porque la mía no puede más que parecerte odiosa.

¿Qué dices, princesa? —le respondió Jaiven— ¡Que injuria haces a mis sentimientos! El conocer los tuyos, en vez de haber alterado mi amistad, sólo ha servido para fortalecer mi estimación. Si, mi querida Zaide, los dioses son testigos de que la seguridad que tengo de tus desgracias me impedían gozar de mi propia felicidad, y que quisiera hacer la tuya a expensas de la mía, si se tratara de cualquier otra cosa que no fuera el corazón de mi esposo.

¡Ah! No aumentes mi confusión —interrumpió vivamente la reina de Tacuba—. ¡Cruel, tu generosidad me hace sentir más el exceso de mi ingratitud!

Sí, lo sé, he traicionado tu amistad, merezco tu odio; pero soy mucho más desgraciada que culpable. Los dioses no me han privado de los sentimientos virtuosos, sólo me han impedido usarlos. Sin embargo, no temas que mi desgraciada pasión te robe la felicidad. Yo sabré vencerla, y si no me es posible

lograrlo mi ausencia me ofrecerá otro socorro. Me iré en la más espantosa soledad a esconder mi venganza, a llorar mi hastío, y a esperar la muerte como el único remedio a mis males. Sólo privándome de todo, aun de las dulzuras de la amistad, sabré castigar las faltas que me ha hecho cometer el amor.

Jaiven, conmovida infinitamente con estas palabras, combatía con todas sus fuerzas el proyecto de Zaide de abandonar la corte de México.

—Quédate, señora —exclamó—, quédate en la corte que viniste a embellecer, y donde tu virtud me asegura contra la desconfianza que tus encantos pudieran provocarme. La amistad que nos une no debe convertirse en víctima de otra pasión.

Fue así como estas dos princesas, a las que nada podía convertir en enemigas, se descubrían una a otra sus verdaderos sentimientos. Jaiven, segura del corazón de su esposo, se compadecía de su rival sin temerla. Y Zaide casi completamente convencida de su error, recayó en su anterior tristeza. Veía que solamente la ausencia podría llevar algún remedio a su pasión; pero este remedio le parecía peor que el mismo mal. Acostumbrada a ver a Tobilos todos los días, le era muy difícil renunciar para siempre a verlo. Que quienes censuran esta desconfianza en la resolución de la cual Zaide parecía estar poco convencida consulten su propio corazón. Si éste nació sensible, comprenderán que no está en nuestro poder regular sus movimientos, y que el amor, lejos de

estar sometido al deber y a la razón, se complace muy a menudo en combatir a uno y a otro. Así, la reina de Tacuba, vencida por los ruegos de Jaiven y por su propia inclinación, determinó continuar viviendo durante algún tiempo en la corte de México.

Zaide se regocijaba en secreto de la frialdad que creía advertir en Askar y alababa a los dioses por haberla librado de la persecución de este amante, tan arrebatado. Creyó que su propia condición había mejorado porque no tenía por qué temerlo. Pero esta confianza, que endulzó un poco sus otras penas, no sirvió más que para mejor engañarla. El ambicioso Askar simulaba tranquilidad para asegurar más el éxito de sus negros proyectos.

Mientras tanto, los reyes aliados contra Tobilos empleaban toda la diligencia y todo el secreto posibles para poder entrar en su reino antes de que pudiera oponerse. Una parte de quienes esperaban llegó. Tobilos no advirtió sus proyectos sino hasta que fue demasiado tarde; pero como no era de los príncipes a quienes el reposo adormece, sin examinar si estos grandes preparativos de guerra eran contra él, no economizó nada para preparar la defensa. Envió órdenes a Texcoco para reunir a sus tropas y vigilar la seguridad del reino. Zaide envió otras semejantes a Tacuba y dejó que Tobilos organizara a los ejércitos. El príncipe, sensiblemente conmovido por esta muestra de confianza que Zaide

le otorgaba, la recibió con todo el agradecimiento debido. No quiso rechazar un socorro que podía ser necesario; pero considerando que el reino de Tacuba sería atacado en primer lugar, se contentó con rogar a Zaide que mandara a sus tropas que estuvieran preparadas para cualquier acontecimiento.

Estas disposiciones posiblemente enfriaron el ardor de los reyes aliados. Conocían el valor de Tobilos y casi todos habían resentido sus efectos. Pero, considerando que, a pesar de toda su diligencia, no podrían jamás oponer fuerzas iguales, contando más con la traición de Askar que con su superioridad, desecharon toda duda y entraron en el territorio de México por dos lugares diferentes. Entre tanto, Tobilos todavía no reunía a todas sus tropas.

El príncipe, a quien las sospechas mantenían atento, no dudando ya de las intenciones de sus enemigos, dividió su ejército en dos porciones y otorgó el mando de una de ellas a Askar, cuya traición desconocía. Encargóle distraer a los enemigos y atender la seguridad de la capital. Con el resto de sus fuerzas, resolvió marchar directamente a uno de los dos ejércitos enemigos a combatirlos en previsión de que tuvieran tiempo de reunirse.

Pero, antes de su partida, no olvidó nada sobre la defensa de la capital. Izcóatl, a pesar de su avanzada edad, quería tomar el mando de uno de los dos ejércitos; pero cedió a los ruegos de sus dos hijos, impulsados por motivos muy diferentes.

—Quédate, señor —le dijo Tobilos—, quédate en una ciudad que encerrará junto contigo lo que más amo en el mundo.

Quédate para vigilar su conservación. Yo espero que la derrota de mis enemigos nos alejará de todo temor. Ellos cuentan con la superioridad de su número; confiemos nosotros en la justicia de nuestra causa, en el valor de nuestras tropas, y en la protección de los dioses.

Después de estas cuantas palabras, Tobilos fue a buscar a las dos reinas. Pero, ¡quién podría expresar el estado en que ambas se hallaban reducidas! Todo lo que el dolor, el miedo y la desesperación tienen de más cruel las agitaba por igual. Esta separación, aunque prevista, no ofrecía a sus espíritus sino las más funestas imágenes. Un negro presentimiento de las desgracias que las amenazaban las volvía incapaces de escuchar ningún consuelo. Y el amor, principal autor de sus inquietudes diferenciaba en nada a la esposa y a la amante.

Zaide, a quien Tobilos se presentó en primer lugar, no bien lo vio cuando su rostro se altero y casi cayó desmayada.

Vengo, señora —le dijo Tobilos conmovido—, a pedir tu permiso para ausentarme por un tiempo, es decir, hasta el momento en que haya disipado el peligro que nos amenaza, y que tu generosidad amistosa te obliga a compartir con nosotros. Espero, señora, que no serás la víctima, y que mis enemigos,

a pesar de ser más numerosos, no obtendrán como fruto más que la vergüenza de haber fracasado. Pero, si por algún motivo desconocido los dioses ordenaran lo contrario, si mi país estuviera destinado a ser presa de mis enemigos, la muerte me impedirá ser testigo de ello. No podría sobrevivir a mi derrota y será, al menos, un consuelo para mí no conocer las desgracias en las que las habré hundido.

—¡Oh, cielo! —gritó Zaide, fuera de sí misma— ¿Que dices? ¡Qué mal conoces mis sentimientos. ¡Ah, señor! Si fuera preciso mi reino para sustraerte al peligro al que vas a exponerte, tranquilamente lo abandonaría a tus enemigos.

Señora —le respondió el rey—, tu generosidad no ha sido jamás desmentida; yo estoy persuadido de ello. Pero sólo no aceptando tus ofrecimientos me comportaré dignamente. Lejos de comprar la paz a mis enemigos, debo obligarlos a respetarla. Las tropas que mandas en mi socorro llegarán quizás muy pronto para apoyar mis planes.

Él le besó la mano diciendo estas palabras, y, al partir, la dejó sumida en una tristeza próxima a la desesperación.

El príncipe se encaminó inmediatamente hacia la reina de México a la que encontró en un estado más deplorable aun. La tierna princesa que reflexionaba sobre el cambio de su situación y el peligro que amenazaba la vida de su esposo, se encontraba desolada. La dulzura de su carácter no le permitía

recurrir más que a los lamentos y las lágrimas; pero nada era capaz de consolarla. Un secreto presentimiento desvaneció todas sus esperanzas. Tobilos, sumamente emocionado por el estado en que había dejado a la reina de Tacuba, lo estuvo más aun por aquél en que encontró a su querida Jaiven.

Sentada, con la cara cubierta con un velo, y apoyada tristemente en el hombro de una de las pocas mujeres que conservaba cerca, quien, después de haber tratado vanamente de calmar el dolor de la reina, mezclaba sus llantos con los suyos, Jaiven, abismada en su tristeza, no se dio cuenta de la llegada de Tobilos, y el príncipe, demasiado conmovido por el triste estado a que la veía reducida, no se atrevía ni a hablarle. Al fin, no teniendo más tiempo que perder, se aproximó a ella, y le tomó una mano que besó amorosamente. Jaiven a quien la sorpresa sacó de su aturdimiento, no bien reconoció a Tobilos, lanzó un gran grito, y se encontró tan enajenada que no podía articular palabra.

Tobilos desplegó toda su ternura para consolarla; informóle que el peligro era tan grande para él como para sus enemigos; que lejos de abandonarse a la pena, debía armarse de esperanza; que él estaba seguro del celo de sus súbditos y que, después de haber salido victorioso de tantos combates y de haber terminado provechosamente tantas guerras, no podía sino esperar el mismo éxito en la que se presentaba porque nunca había sostenido causa más justa.

Pero estas razones no impresionaron el ánimo de la afligida reina.

—Tratas inútilmente de consolarme, querido esposo —le dijo—; un temor más fuerte que tus razonamientos me impide apreciarlos. Ignoro la suerte que el cielo nos depara, pero no se ofrecen a mi mente desde hace algunos días más que imágenes espantosas. Mientras más me esfuerzo en alejarlas, más se obstinan en volver. Yo temo el gran número de tus enemigos, la inconstancia de la suerte y de tu propio valor. Temo hablarte por última vez.

¡Oh, dioses! —gritó, echándole los brazos al cuello y redoblando sus lágrimas por última vez— ¡Qué funestas palabras han salido de mi boca...!

No pudo decir más. Sus suspiros le cortaron la voz y quedó desfallecida entre los brazos de Tobilos.

Un espectáculo tan enternecedor conmovió al príncipe hasta el fondo de su corazón, y tuvo necesidad de todo su temple para no dar señales visibles de su emoción. Jaiven recobró el sentido, pero sólo para reanudar su llanto. Y Tobilos, después de emplear algunos momentos para consolarla, la dejó con una pena tan cruel que hasta a él mismo se sorprendió. El príncipe partió de inmediato para reunirse con su ejército.

Regresemos al ambicioso Askar. No podía desear circunstancias más favorables para la ejecución de sus proyectos. El ejército que se le encargó vigilar era aquel en que se encontraba el rey de Florida en

persona; casi todos los generales que tenía bajo sus órdenes eran sus cómplices, y él ya se veía dueño de la capital con el pretexto de vigilar su conservación. El único obstáculo que debía vencer consistía en el amor de los pueblos a su soberano. Askar, amo de la mayor parte de los generales de su ejército, no tenía el mismo poder sobre el espíritu de los oficiales inferiores ni de los soldados. Sabía, por el contrario, hasta qué punto amaban a Tobilos, y que nada sería capaz de hacerlos cometer una traición. No queriendo, pues, arriesgarse en una hazaña que no tendría éxito y que podría significar la ruina de todos sus proyectos, resolvió usar su astucia y dirigir a su hermano golpes tanto más peligrosos cuanto que no podría prevenirlos.

Creyó también que, para su interés, era mejor esperar que una batalla decidiera la suerte de Tobilos. La derrota de éste le parecía casi inevitable, atendiendo al predominio de sus enemigos, y tenían bastante buena opinión de sí como para creer que no sobreviviría, y de ese modo vería cumplidos todos sus planes; que la muerte de Tobilos saciaría su venganza; su ambición debía, también, hacer triunfar su amor, pues, además del trono de México tendría a Zaide en su poder. Pero al mismo tiempo juzgó conveniente acercarse a la capital, para ocultar a sus habitantes el destino de su rey; se apoderó de todas las avenidas, de suerte que nadie podía entrar o salir sino por su orden. Los enemigos que había puesto al

frente y a quienes gobernaba tan absolutamente como si fueran sus propios soldados, le permitían hacer todos los arreglos que juzgara necesarios y también adquirir gloria, puesto que se atribuiría su poca resolución a su buen comportamiento. Pero las noticias que recibió del rey de México lo sorprendieron mucho y lo obligaron a tomar otras providencias.

Tobilos, después de haberse alejado de su capital junto con su ejército, había marchado directamente hacia el campo enemigo, para no dejarles por más tiempo asolar su país. Al cuarto día de marcha supo que no estaban lejos y que se disponían a venir a su encuentro. Este aviso obligó al príncipe a detenerse para disponer a sus tropas para la batalla y darles algunos momentos de reposo.

No estuvieron los mexicanos mucho tiempo sin divisar al enemigo que, rebasándolos en gran número, avanzaba hacia ellos ordenadamente. A su vista, Tobilos sintió redoblar su ardor y recorrió apresuradamente todas las líneas para animar a sus tropas al combate.

—Es aquí, valientes mexicanos —les dijo—, donde ustedes deberán demostrar su valor y su celo. Los enemigos, ya vencidos por nosotros tantas veces, hoy osan nuevamente medir sus fuerzas contra las nuestras. No les basta asolar los campos; pretenden además destronar al rey, debilitar su poder y también doblegarlos. Síganme. Veamos si su audaz empresa tendrá el éxito que esperan.

Al terminar, todo el ejército le respondió con un grito denodado. Sin esperar los condujo al ataque y marchó a la cabeza con una firmeza capaz de dar confianza a los más tímidos. Sorprendido por tal audacia, el enemigo no recordó sino su superioridad. Así el combate se trabó con igual furor de una y otra partes. Una lluvia de flechas cubrió a los dos ejércitos; pero los mexicanos, siguiendo la orden recibida, abandonaron las filas y cayeron sobre sus enemigos con la espada en la mano. Tobilos, después de haber mostrado una vigorosa resistencia, atacó por el ala izquierda a los enemigos. Uno de los reyes aliados que comandaba esta ala, desesperado al no poder reunir a sus tropas, se aferró a él con el deseo de morir o de quitarle la vida. Pero Tobilos, después de algunos momentos de combate, hizo caer a sus pies a este feroz enemigo, y, aprovechando su ventaja, mientras ordenó la persecución de los fugitivos cayó en el centro del ejército enemigo, al que tomó por un flanco y sembró en un momento el terror y la confusión. Continúo este ataque, y voló a socorrer a su ala izquierda que estaba casi arrollada por el ala derecha de las tropas enemigas.

El rápido socorro de Tobilos, compuesto por su cuerpo de reserva, restableció el combate, y la derecha del ejército enemigo comenzó a desbaratarse en el instante en que el centro quedó destruido. Fue entonces cuando la confusión y el espanto se apoderaron de este ejército. Los mexicanos hicieron

una horrible carnicería. En vano Tobilos quiso calmar su furor; sólo el cansancio, no la piedad, los detuvo. Más de dos tercios del ejército enemigo perecieron en este día y, nunca una derrota fue tan completa.

Los mexicanos, por su lado, habían tenido una considerable pérdida, pero muy inferior a la de sus enemigos cuyos miserables restos huyeron en desorden hacia las fronteras de México. Tobilos los siguió durante dos días e hizo perecer a la mayor parte. Entre tanto, despachó mensajeros a Izcóatl, a las dos reinas y a Askar para darles las noticias de su victoria. Pero ninguno de sus mensajeros llegó hasta la capital, por las medidas que Askar había tomado. Fueron conducidos ante él y, después de haberles prohibido revelar su misión a cualquier otra persona, los mandó encerrar y vigilar por algunos de sus adeptos.

Llenóse Askar de rabia y dolor al conocer la total derrota de sus aliados. Y dióse cuenta de que había confiado demasiado en la superioridad de sus fuerzas, y que, si las hubiera apoyado con más firmeza, habría podido prevenir la desgracia que le había ocurrido. Todo su furor se despertó al instante, y el temor de ver fracasados sus proyectos que sucedió de repente a la vanidosa esperanza que había concebido, lo decidió a llegar a los mayores extremos.

No había momento que perder. Tobilos le decía que estaba listo para marchar en su socorro y en

seguida atacar al enemigo. Esto fue lo que determinó a Askar a salir rápidamente a la capital, para allí sembrar la noticia de la derrota y la muerte de Tobilos, no dudando que así provocaría el desorden y la desolación, y que, durante el tumulto, le sería fácil raptar a la reina de Tacuba y llevarla al campo de los aliados en donde estaría completamente en su poder.

Ni el respeto que debía a una reina, ni las consecuencias que tal atentado podrían acarrear fueron capaces de detenerlo. Veía debilitados todos sus pensamientos ambiciosos, y quiso, al menos, satisfacer su pasión.

La noticia de la muerte de Tobilos produjo en la capital el efecto que Askar se había prometido. La desolación se volvió universal; sólo se oían gritos y se veían lágrimas. Cada mexicano, más afligido por la pérdida de su rey que por la de su propio padre, se abandonaba a las más violentas muestras de desesperación. Pero, en medio de todo ese desorden, Askar sólo se dedicaba a ejecutar su proyecto. Dirigióse al palacio en el que, después de la partida de Tobilos, las dos reinas llevaban un vida tristísima y retirada.

Preocupadas únicamente por los peligros que amenazaban al príncipe, pasaban juntas los días y las noches entre llantos y lágrimas. Veíanse no como dos rivales, sino como dos amigas a las que el mismo interés afectaba por igual, y esperaban con impaciencia mezclada al temor, nuevas de Tobilos. Pero en

vano deseaban su regreso; ellas le habían dado el eterno adiós.

La noticia que había causado tal aflicción a la ciudad, aún no se conocía en el palacio. Al llegar Askar encontró que todas las circunstancias lo favorecían. Supo que Izcóatl, cuya presencia evitó, había ido a visitar los principales barrios de la ciudad. Y cuando preguntó dónde podría encontrar a la reina de Tacuba, le dijeron que estaba con la reina de México. Al instante se reunió con ella, seguido por sus principales cómplices. La expresión siniestra de su cara provocó en las princesas un temor inexplicable.

—¿Qué vienes a anunciarnos, príncipe? —le preguntó Zaide, sumamente confusa— ¿Qué esperas resolver?

Señora —le respondió Askar—, yo te hablo a ti sola que me sigas, que consientas con mis deseos y aceptes una mano que has rechazado siempre con tanto orgullo.

—¿Qué dices, príncipe? —interrumpió Zaide— ¿Ignoras quién soy? ¿Consideras los resultados que puede tener tu atentado?

—He considerado todo, señora —respondió Askar—, no es aquí donde pretendo hacer mis reflexiones.

Con estas palabras avanzó para asirla. Pero Zaide se arrojó a los brazos de Jaiven y la abrazó.

—Deténte, temerario —gritaron ambas—, tiem-

bla por el justo castigo a tu audacia. Tiembla por el vengador.

—No tengo nada que temer. El famoso vengador que invocan ya no existe. Tobilos ha recibido el justo premio por traicionarme.

Este golpe abatió a las infortunadas princesas; pero el horror que les causaba Askar les impidió desmayarse.

—¡Ah!, monstruo —gritó Zaide—, Tobilos ya no existe. Pero su muerte es sin duda crimen tuyo. ¡Eres tú quien lo entregó a sus enemigos! ¡Es tu negra traición la que hundió el hierro en su pecho! ¡Tigre! ¡Con qué cara te atreves a aparecer ante nuestros ojos! ¿Por qué la tierra no se abre y te traga? ¿Por qué no me traga para no verte...?

No pudo decir más. Un espectáculo que congeló de espanto al mismo Askar, le cortó la palabra. Vio a la amable e infortunada reina de México caer ahogada en un arroyo de su propia sangre, abrir una boca que la agonía se empeñaba en cerrar, para articular con débil voz estas palabras:

—Querido Tobilos, es a ti a quien me sacrifico, recibe esta última muestra de mi fidelidad, y vuelve a ver hoy entre los muertos a una esposa que no pudo sobrevivirte.

—Deténte, querida princesa —gritó Zaide, precipitándose hacia ella— deténte. No morirás sola, nuestras dos almas se unirán. Voy a vengarte de las desgracias que te causé. Dígnate perdonarme...

Con estas palabras tomó el puñal ensangrentado de la desdichada Jaiven, se lo clavó en el corazón, y cayó sobre el cuerpo de la princesa, a quien abrazó fuertemente. Su sangre se mezcló, sus ojos se apagaron y sus caras se cubrieron con las sombras de la muerte.

Ante esta vista, capaz de enternecer a las almas más bárbaras, todos los que estaban presentes quedaron llenos de horror y compasión. Askar, a quien la sorpresa había dejado inmóvil, de súbito se enfureció, sacó su espada y quiso clavarla en el cuerpo de las dos reinas; pero se hubiera manchado con la sangre de éstas. Askar no pudo realizar su propósito porque lo detuvieron los de su séquito que, tan desconcertados como él, lo desarmaron y alejaron de ese funesto lugar.

Mientras tanto, las mujeres del palacio, a las que pidieron que se acercaran a sus reinas, corrieron prestamente. Pero, ¡oh, dioses! ¡Qué les ocurrió a la vista de aquel horrible espectáculo! La sorpresa, el horror, el miedo las dejó inmóviles algún tiempo, pero pronto estallaron en gritos de dolor y desesperación que resonaban en todo el palacio cuando Izcóatl llegó.

El gran príncipe, aunque destrozado por la pérdida de Tobilos que creía cierta, se había sobrepuesto a sí mismo y llegaba en ese momento con el deseo de aportar algún consuelo a las princesas, sobre todo a la reina de México. Pero, ¡cuál fue su sorpresa o, más

bien, su desesperación ante el aspecto horrible que presentaban! ¿Qué le sucedió cuando, a su llegada, encontró a las dos infelices reinas en un arroyo de sangre? Esta cruel visión venció toda su firmeza. Rechazó los consejos de la razón; y deseando terminar una vida que desde su regreso le llenaba de horror, iba a dar muestras cruentas de su desesperación, si algunos de su séquito no se lo hubieran impedido de mil maneras.

Entre tanto se apresuran a socorrer a las princesas y trataron por todos los medios de volverlas a la vida. Pero desgraciadamente ya no era tiempo: sus bellas almas habían volado; sus crueles heridas dejaron paso a toda la sangre, y esas dos bellezas que momentos antes podían brindar amor a los corazones más sensibles no eran más que objetos de terror y de piedad.

Desviemos nuestros ojos de un cuadro tan funesto y regresemos al criminal y desgraciado Askar.

La furia y el desconcierto que lo poseían le impidieron por algún tiempo tomar alguna resolución. Sus amigos y cómplices le hicieron presente que llevara su empresa hasta el final o que temiera por su seguridad. Que el pueblo, persuadido de la muerte de Tobilos, atribuiría la de las dos reinas sólo a la desesperación, y le obedecía sin murmurar como al heredero más próximo al trono mientras la verdad no se conociera, pero que no se debía esperar a que fuera descubierta, porque sus consecuencias eran para él y para sus adeptos.

Askar cedió, no tanto por esas razones cuanto por el pensamiento de que Tobilos estaba todavía vivo y que, por tanto, su venganza era incompleta. Así pues, determinó volver a su campo, después de dejar algunos de sus partidarios en la ciudad.

A la noche siguiente incursionó secretamente en el campo enemigo y fue a encontrarse con el rey de Florida, que le parecía muy triste. Este príncipe comenzaba a arrepentirse de su obra. La derrota de sus aliados le hacía temer una suerte semejante y casi no esperaba nada de la revolución que Askar le había hecho entrever. Le describió la realidad tal cual, le dijo que Tobilos marchaba con una gran parte de su ejército para reunirse con la que acampaba cerca de la capital, que era necesario que los aliados lo impidieran, y se aprestaron a ir a su encuentro para librar batalla antes de que pudiera realizarse tal unión; y que de esta manera ellos serían superiores en número. Askar agregó que el ejército bajo sus órdenes se encontraba tranquilo, y que, en cuanto a él, planeaba disfrazarse y acompañar a los aliados bajo un nombre simulado. El rey de Florida le hizo ver que le convenía quedarse en su campo para aprovechar las circunstancias, en vez de seguir; pero Askar, que tenía un plan oculto, se obstinó en la revolución, y Zermorob consintió.

El príncipe, habiendo reunido el consejo de guerra, expuso las razones que debían comprometerlos a marchar contra Tobilos, las cuales se aproba-

ron, y se resolvió que el ejército abandonaría el campo.

Entre tanto, el rey de México, muy lejos de sospechar todos los horrores que se tramaban contra él, después de haber perseguido a sus enemigos y dejado un regimiento que los observara, había recomenzado la marcha y avanzaba con diligencia hacia la capital. Calculaba llegar en dos días, cuando sus mensajeros le anunciaron que no estaba lejos un ejército numeroso. Tobilos, asombrado, no comprendía si era amigo o enemigo, por lo que envió nuevos corredores a descubrirlo, y para no ser sorprendido colocó a sus tropas en orden de batalla. Pero, por las noticias que recibió poco después, ya no dudó de que el ejército que aparecía era el de sus enemigos que venían a atacarlo.

Esto le hizo creer que Askar había sido derrotado y que posiblemente la capital había sido tomada. Pero, si esta sospecha le causó un profundo dolor, no abatió su valor. Al contrario, vio la importancia de vencer a sus enemigos porque la pérdida de esta batalla entrañaría su ruina total. No ahorró nada para asegurar la victoria y, después de haber exhortado a sus tropas con todas las razones que podían impresionarlos más, los condujo a la carga mientras sus enemigos se aprestaban a hacer lo mismo.

Con las flechas se comenzó el primer ataque; pero los mexicanos, despreciando a este ejército, como habían hecho en la batalla precedente, ataca-

ron con la espada en la mano. La tierra se cubrió en un instante de un sinnúmero de cuerpos muertos; los gritos de los agonizantes y de los heridos servían sólo para aumentar la saña de los combatientes. Cada uno de los bandos buscaba vencer o morir. Los aliados, confiando en su mayor número, se esforzaban en aprovecharse de ello. Los mexicanos se animaron por la valentía de su rey y trataron de mantener el esplendor de sus antiguas victorias.

Los dos ejércitos habían combatido durante una gran parte del día sin ninguna ventaja para una u otra parte, hasta que, al fin, Tobilos después de atacar por tres veces el centro del ejército enemigo, lo penetró y derrotó, sin darle tiempo a recuperarse y, para aprovechar la confusión en que se encontraban sus enemigos, redobló el ataque por los dos flancos con el cuerpo de reserva que él había dividido en dos. Estas tropas frescas, cayendo sobre las tropas aliadas, ya fatigadas, sembraron rápidamente entre ellas el desorden y, poco después, la derrota fue total. En vano el rey de Florida utilizó todos sus refuerzos para animar a su ejército, destrozado en todos lados por los mexicanos y, después de haberse comportado como hábil jefe y bravo soldado, cayó él también, atravesado por mil heridas.

Fue entonces cuando el desesperado Askar vio todos sus proyectos arruinados sin remedio y queriendo morir o matar a Tobilos, lo avizoró. Éste, sin ninguna compañía, trataba de detener la matanza. Askar avanzó diligente hacia él y Tobilos, que no lo

conoció bajo su disfraz, trató de defenderse del enemigo que lo atacaba. Después de un combate extremadamente fogoso, en el que fue herido, Tobilos hizo caer a sus pies a tan audaz adversario. Pero ¡oh, dioses! Qué le sucedió al escuchar estas palabras:

—Alégrate de tu victoria, Tobilos, por ella conservas la vida. Pero puesto que lo ignoras, entérate que acabas de vencer y dar la muerte a Askar.

—Acabas —agregó— de vengarte de mi traición, pero sabe que yo no hago más que vengarme de la tuya.

No pudo decir más porque expiró.

Tobilos quedó tan aturdido con estas palabras, y esta cruel desventura, que perdió el sentido. Muchos de sus oficiales que habían acudido al darse cuenta del combate, tuvieron que sostenerlo para que no cayera y quisieron llevarlo a su cuartel. Pero él se recobró momentos después y mirándolos con miradas desesperadas, les pidió noticias de su hermano. Los oficiales, sumamente sorprendidos, no sabían qué responder. No habían reconocido a Askar, y se miraban los unos a los otros sin decir palabra.

—Yo les pido —dijo el rey— que me digan qué pasó con el enemigo que acabo de combatir.

—Está muerto, señor —le respondieron—, recibió de tu mano el justo castigo a su temeridad.

—¡Grandes dioses! —gritó Tobilos— ¿A qué crimen se refieren ustedes...?

Y no pudo decir más. Un horror súbito lo invadió, una multitud de pensamientos lo abrumó, ya no vio ni oyó nada más.

Durante este intervalo, los mexicanos alcanzaron la victoria. La lograron tanto más sanguinaria cuanto que Tobilos no pudo detener su furor. Los generales de su ejército, inquietos al no ver a su rey, lo buscaron durante largo tiempo, hasta encontrarlo en el triste estado que ya hemos descrito. Su abatimiento, a pesar de una victoria como la que acababa de obtener, los sorprendió extraordinariamente. Pero se sorprendieron más aun cuando les dijo que había resuelto dejar el campo de batalla para ir a la capital, y les encargó que condujeran cuidadosamente a las tropas.

Unánimemente ellos le manifestaron el peligro que corría al exponerse solo por una ruta que probablemente estaba ocupada por partidas de los enemigos y que quizá la capital estuviera en su poder, puesto que no se tenía ninguna noticia de ella. Pero que, suponiendo que esa desgracia fuese cierta, él podría reconquistarla con su ejército victorioso a punto de llegar en dos días más. Tobilos se resistió todavía algún tiempo, pero finalmente fue obligado a aceptar razones tan importantes, y como el resto del ejército enemigo tomaba una ruta opuesta a la capital, lanzó en su persecución a parte de sus tropas, y con el resto siguió su camino con una prisa tan sorprendente que permitía fácilmente juzgar los poderosos motivos que lo impulsaban.

Por orden suya transportaron a México el cuerpo del infeliz Askar. Esta horrible aventura, de la cual

Tobilos no comprendía nada, le hacía temblar; no podía pensar, sin ser invadido por el horror de haber empapado su mano en la sangre de su hermano. Pero las últimas palabras de Askar lo arrojaban a un abismo de reflexiones del que no podía salir. Después de lo que le acababa de pasar, no dudaba que le estaban reservadas las más crueles desgracias.

Los dos días de marcha fueron para él como dos siglos. Pero, al fin, divisó la ciudad a la que tan impacientemente quería llegar. Al mirarla, su inquietud aumentó, y temió entrar en ella tanto como antes lo había deseado. Otro objeto vino todavía a causarle la mayor sorpresa. Advirtió cerca de la capital un ejército en formación de batalla, y mientras envió a reconocerlo hizo los preparativos para atacar, en el caso de que se tratara de enemigos, más, se enteró por los mensajeros de que se trataba del mismo ejército que había confiado al mando de Askar.

Tobilos no preguntó más. Corrió o, mejor dicho, voló hacia las tropas seguido por algunos de los suyos. Fue reconocido y mientras que todos se abandonaron a la alegría, y él pidió noticias de la reina, se encontró en los brazos de Izcóatl.

—Al fin te veo otra vez, mi querido hijo —le dijo el príncipe—. Después de haber llorado tu muerte, el cielo te trae hoy a mis brazos, en el momento mismo en que suponía que debía combatir a los enemigos.

—¿Qué dices, señor? —respondió Tobilos— ¿De qué enemigos oíste hablar? Ya no tenemos enemigos. Nuestros ejércitos han obtenido toda la victoria. Y puedo decirte que fui muy feliz en los combates. Pero ¡Ay! —agregó temblando—, lo más cruel para mí es dudar, y temo que el falso rumor de mi muerte haya tenido funestas consecuencias para mí.

Izcóatl quedó demudado ante esta pregunta y Tobilos lo advirtió.

—Oh, señor —le dijo—, ¿qué debo presagiar de tu confusión? ¡Qué puede causarla! ¿Qué hace la reina de México?

El príncipe no respondió a esta nueva pregunta más que con algunas lágrimas.

—¡Oh, dioses —continuó Tobilos—, cuánto expresa este silencio!

Con estas palabras volvió la cara hacia la ciudad, y quiso ir a informarse él mismo de lo que temía conocer.

— Espera, mi querido hijo —le dijo Izcóatl—. Conoce nuestras desgracias, porque no me es posible ocultártelas. Tu ilustre esposa ya no vive, no pudo sobrevivir a la idea de tu muerte, y con su propia mano cortó el curso de su vida.

Este golpe arrasó al infortunado Tobilos. Perdió el uso de la palabra por algunos momentos; pero al fin reaccionó invadido por la violencia.

— ¡Oh, dioses! —gritó—, Jaiven ya no vive y yo estoy todavía vivo... Pero veamos —respondió des-

pués de un forzado silencio—, veamos a esta ilustre víctima que la desesperación me inmoló...

—Querido príncipe, espera —le dijo Izcóatl—, aléjate de un espectáculo tan cruel para ti. Huye del lugar en que los efectos del amor y la amistad son igualmente funestos. Sabe que un solo instante, un solo ser inmoló con el rumor de tu muerte los días de tu esposa y los de la reina de Tacuba.

—Es demasiado —respondió Tobilos, avanzando hacia la ciudad—, es demasiado. La pérdida de una vida tan infortunada como la mía no merecía tales sacrificios.

Pocos minutos después llegó a las puertas del palacio, e indiferente a los gritos de alegría que su presencia inesperada provocaba, avanzó hacia los apartamentos de la reina de México, los atravesó y entró en la sala en la que había ocurrido la sangrienta escena de la muerte.

Los ornamentos que hirieron sus ojos no lo detuvieron. Sus ojos se fijaron, con una avidez mezclada con horror, en los dos lechos luctuosos colocados uno al lado del otro. pero ¡oh dioses, lo que vio! Dos cuerpos traspasados por una profunda herida, dos rostros en los que la muerte plasmó sus horrores y que casi no podía distinguir... Ante este espectáculo su corazón se congeló, lo invadió un sudor frío, temblaron sus rodillas y estuvo a punto de caer. Hizo, con todo, un esfuerzo y se precipitó tembloroso sobre el cuerpo de la desgraciada Jaiven.

—Querida y fiel esposa —le dijo con voz apagada—. Es, pues, verdad que una desesperación cruel ha cortado tus días. La excesiva atracción de un príncipe odiado de los dioses te ha provocado, sin duda, este desastre. Sí, ése es el crimen con el que ellos quisieron castigarte. Pero si ellos disfrutan de su crueldad, al menos, no me impedirán seguirte entre los muertos.

¡Ah, tú, princesa infortunada, agregó viendo el cuerpo de Zaide. Tú, a quien nuestra amistad convirtió en víctima, tú que no quisiste sobrevivirnos, dígnate siquiera volver a ver sin odio al causante de tu muerte.

Acabando estas palabras, Tobilos sintió que alguien se esforzaba en asirlo y desarmarlo. Pero, enfurecido por el obstáculo que quería impedir su destino, se zafó, sacó su espada, la hundió en su corazón y cayó en los brazos de Izcóatl, quien perdió también el conocimiento.

Índice

Introducción 7

Primera parte 25
Segunda parte 75

Historia de la princesa de Jaiven reina de México
Traducción e introducción: *Alicia Bazarte Martínez*
Edición y diseño: Alfredo Herrera Patiño
Cuidado de edición: Alma Delia Hernández
Gustavo Peñalosa Castro
Ilustración: Norberto de la Torre
Tipografía: 11:13 Bembo
Negativos: Afa Fotomecánica
Aragón 87-A, col. Álamos
03410, México, D.F.
55.38.53.08
Impresión: Verdehalago
Encuadernación: Ediciones Copilco, S.A. de C.V.
Hermenegildo Galeana 113,
col. Guadalupe del Moral,
México, D.F.
56.00.17.70
Tiraje: 800 ejemplares
Edición: 1ª, febrero 2001
Colección: *Las cascadas prodigiosas, 54*

La novela trata de expresar literariamente la visión de un ilustrado sobre la historia prehispánica de nuestro país, y que debió constituir un desafío escribir esta obra en el siglo XVIII, teniendo como escenario el Nuevo Mundo, con pocas fuentes documentales, posiblemente sólo a Antonio de Solís, cronista mexicano traducido al francés.

Como gran parte de la literatura de la época, *Jaiven* intentó transmitir ideas para aleccionar a los franceses sobre otras formas de gobierno y de vida, acordes con los ideales de la Ilustración pero donde la lucha por el amor estuvo siempre presente.

Alicia Bazarte Martínez

Colección: *Las cascadas prodigiosas*, 54
Novela / Ilustración francesa / Literatura sobre México